

Ibiza en la "Memoria de la melancolía" de María Teresa León

Por JOSÉ MANUEL CARDONA

*Yo no hablo.
Cuando yo muera
—soy casi el más viejo de los que quedan—
ya no sabrá nadie nada
de lo que fue España.*

León Felipe

turizo. El quehacer cotidiano, los hábitos, la monotonía misma de los gestos repetidos sistemáticamente, todo contribuye a la rápida superposición de las imágenes, al acomodamiento cerebral, a que la memoria acabe también por habituarse a las mutaciones y borre de un trazo el pasado más inmediato. Me sucede en Ginebra, hablando con ginebrinos, evocar el viejo mesón que daba sobre los muelles del lago, demolido hace menos de diez años para construir uno de esos bancos asépticos como las modernas clínicas impersonales, verdaderos escaparates de vidrio, que hoy se levanta sobre sus fundaciones. Nadie recuerda ya la vieja mansión. El banco está definitivamente anclado en la memoria de la gente, incluso de los viejos del lugar, como se dice, que son, precisamente, quienes peor recuerdan (evito decir *quienes mejor olvidan*, porque no es así), barridos por ese repentino mudar de las cosas que es la ley de los tiempos modernos.

Por eso he pensado evocar hoy para los lectores de la revista EIVISSA el libro de María Teresa León, al menos en lo que atañe a los pasajes en que reconstituye su estancia en la isla hace ya treinta y siete años. María Teresa León y Rafael Alberti vinieron entonces a Ibiza, donde les sorprendió el alzamiento militar del 18 de julio, por pura casualidad. Aquel verano habían pensado ir a Galicia, pero Alberti es supersticioso como buen andaluz y un descarrilamiento de trenes les hizo cambiar de rumbo. «*Los montes cubiertos de almendros, que vimos al embarcar en Alicante hacia la isla de Ibiza, esa sierra Aitana, diariamente la nombramos al hablar de mi hija. No hemos vuelto a verlos. Son solamente una ilusión de retorno.*» Así empieza la aventura ibicenca del más grande poeta español todavía en vida. Y ese paisaje, esa geografía, esos trajes, ese campo que María Teresa León describe con tanta galanura, con tanto cariño, como si fueran de hoy, todo eso y mucho más ha desaparecido o está a punto de desaparecer, socavado, desarraigado, sumergido o extrañado por las olas implacables, ávidas y destructoras del turismo.

«*Volveremos a mirar tus ovejas bañándose en la madrugada y las tumbas cartaginesas cubiertas de alcázaros floridos y las retamas y las redes que los pescadores sacan tan plateadas por sus ánforas griegas cubiertas de moluscos. Tenemos que volver a mirar a las muchachas ibicencas y a envidiarles sus collares; tenemos que besar a las viejecitas con sus husos en la cintura y a aquella madre con su hija que nos dejaban "robar" uvas para nuestra hambre (...) Tenemos que sentarnos en el café de la Estrella...*» La autora emplea indistintamente el futuro, el pasado y el presente. «*Las redes que los pescadores sacan*». Como si estuviera



contemplando de nuevo, como si tendiera, entre el pasado y el presente, un puente imperecedero y tuviera al alcance de la mano algo que, sin ser sueño, no deja de ser puro recuerdo. Recuerdo ido para siempre. En otra página se describen los atuendos que ya no se llevan: «*Difícil representarse sin verlas esas faldas plisadas que por detrás barren con altivez el suelo, esos mantones amarillos, esos delantales recamados y, sobre el pecho, de hombro a hombro, "la emprendada", colección de cadenas, collares y joyeles de oro y plata que son armadura y adorno y ahorro y dote. Las muchachas ibicencas llevan tendido sobre la espalda el pelo trenzado por cintas largas hasta el filo de la falda. se atan debajo de la barbilla un pañuelo de colores y para entrar en la iglesia se colocan la "mantellina" blanca con bordura de terciopelo*». Este presente en la evocación de un recuerdo viejo de casi cuarenta años me produce una inmensa tristeza. Una tristeza desconsoladora de otoño, de hojarasca, de muñones, de espada sin filo, de cansancio infinito. «*Las muchachas ibicencas llevan...*» ¿Quién recuerda todavía?

En agosto de 1971 volví a recorrer los recodos de Sant Rafel, el tancó de los campesinos donde vivimos los años de la guerra civil. Allí nació mi hermana en 1937. De niño me había parecido un lugar casi remoto, apartado del resto del mundo, silvestre y perfumado. Es verdad que el pasado todo lo embellece y que la pátina del tiempo tiene un misterio indescifrable. Pero lo que no son fantasmas son esas campesinas que veo todavía ante mí tal como María Teresa



León las hace revivir en su *Memoria de la Melancolía*. Pues bien, no queda nada de ello; es sólo una canción, como la que León Felipe se llevó con él al exilio. Pregunté a Antonia, la dueña del *tancó*. Me miró extrañada, como si le mencionara hechos antediluvianos. Le devolví la mirada y comprendí que sus ojos estaban velados. Su memoria era una tierra yerma, como el propio *tancó*, desolado, abandonado. Ya pronto no quedará nadie que sepa cómo eran los campesinos, las muchachas, el campo, los trabajos y los días, entonces. Hace sólo treinta y tantos años.

Miré los muros de la patria mía

«El pie del hombre puede bastarnos para ir de pueblo en caserío, pero no por pequeño el horizonte deja de ser grandioso. Nosotros lo mirábamos desde un molino: Molí de Socarrat». La primera vez que leí este libro no saltó a mis ojos como más tarde ese presente que, manifestamente, nos proyecta un pasado vivo como si formara parte, aún hoy, del mundo que nos circunda. «Desde nuestro molino veíamos las parejas de pesca y, pensando en los salmonetes carmín y oro, tomábamos un balde y corríamos a la Marina, saltando entre las tumbas cartaginesas que cubren la ladera del monte de piedras rodadoras con matas de piadosas alcaparras, tapizando de flores blancas resquicios y hendiduras (...) Los fenicios llamaban a la isla Ebusin, y más de 600 años antes de Cristo ya Ibiza gozaba de una población de marineros, cortesanos y traficantes. Los griegos, por sus muchos pinos, le dijeron Pitiusa.»

Las ruinas cartaginesas de hoy son, por ejemplo, esos restos informes del hotel que hubo que dinamitar y que se amontonan al borde de la arena de la playa, en su tiempo fabulosa, *d'En Bossa*. O serán mañana esas arquitecturas que, un poco por doquier y un mucho a la buena de Dios, se izan desde el puerto de Sant Miquel (el de los sonetos de Balansat) hasta Portinatx, sin respetar la Cala de Sant Vicent ni los pinares de Sant Rafel, y que rompen la armonía natural del paisaje y desfiguran tercamente la isla. Se dirá que es el tributo que hay que pagar al progreso, la reforma agraria al cabo realizada, convertidos los campesinos en mecánicos, mozos de cuerda o camareros improvisados. Enriquecidos súbitamente los que algo poseían, como ese *millonario de las rocas* que con tanto sarcasmo nos ha contado Cosme Vidal en un cuento que no es ni más ni menos que una obra maestra, por su realismo punzante, su melancolía desgarrada y su crítica feroz de un estado de hecho insoportable. Progreso esos miles y miles de pequeños y grandes *gibraltares* incrustados como lapas en la geografía de un país que fue de leones. Esa evocación de la isla y esa cruel reconversión actual me empujan a con-

fesaros algo que, si bien he compartido siempre, al menos desde que tengo uso de razón, ahora se me revela como una evidencia que me trae paz y tranquilidad al alma. Yo amo con los cinco sentidos la isla que me vio nacer y puede que ese nacimiento no fuera tan fortuito como a veces he pensado. Y la amo más cuanto que no poseo ni una pulgada de esa tierra que también yo me he llevado en mi canción.

«Para llegar a él (al Museo Provincial) se entra en la ciudad vieja por una puerta adornada con la estatua romana de un togado. Allí las calles se empinan, las casas envejecen. Es la ciudad gótico-catalana, la Vila de viviendas palaciegas donde vivía mi amigo Justo Tur en una casa de ajimeces gemelos tribolados. Se seguía subiendo, y la puerta del Castillo, también adornada por dos estatuas romanas y un gran escudo de España, nos permitía entrar en la ciudadela castrense construida en los reinados de Carlos V y Felipe II, con largas y gruesas murallas mirando a la bahía.» Si volviéramos de la mano, María Teresa y Rafael Alberti, para iniciar el ascenso que con tanto cariño acabáis de describir, y partiéramos del mercado, dejando atrás el bullicio de zoco y la algarabía de voces que pregonan las frutas capaces de calmar todas las sedes de la tierra, el color de la sandía y de los melones, de la pera, el melocotón, los caquis, la uva, el albaricoque y esos higos incomparables que justifican por sí solos el viaje más remoto y cansado, al subir por el rastrillo y poner los ojos en el campanario de la Catedral, al cruzar la puerta del *togado* y caminar sobre el suelo empedrado, discurrendo después por la calle de Ignacio Riquer y acercarnos a la *Carrossa*, saludando al paso la silueta ascética, momificada casi del canónigo Macabich, parecería como si el tiempo se hubiese detenido efectivamente, tan es verdad que la piedra resiste a las invasiones de los alanos y que es difícil deshacer de golpe la obra de los siglos. Pero tampoco esto es imposible y me pregunto con angustia si un día, al despuntar la isla conforme el barco se acerca al espigón, descorrido el velo de la bruma matinal, no habrá dejado de existir también ese recinto amurallado que no tiene su igual en todo el mundo.

«Ya he dicho que todo en esta isla es ponderado y hermoso, todo ocupa el lugar exacto marcado por la belleza. Su arquitectura, hija del paisaje, funcional sin saberlo, sobria por necesidad, es el sueño de la moderna arquitectura. Están las casas hechas para crecer. Sus líneas rectas se desarrollan en planos blancos o en terrazas, con algún ligero balconaje, con un almenado jugando masas y ángulos al ir añadiendo, al crecer la familia, habitaciones que se unen a la unidad tipo.»

Ya he dicho que en esta isla todo es ponderado y hermoso. En 1970 volví a Ibiza en verano después de una ausencia de once años. Mi mujer, griega, la descubrió por primera vez. Y quedaría prendada de ella para siempre. Juntos anduvimos por los rincones más inextricables, nos bañamos en las calas, respiramos los pinares, nos impregnamos de esa gracia que hace que todo ocupe, como tan bien dice María Teresa León, el lugar exacto marcado por la belleza. Pero sólo en Ibiza, en el recinto de sus murallas renacentistas, en el empedrado de sus calles, nos sentimos vivir plenamente. En agosto de 1971 Alfonso Mestre nos habló por primera vez de esta *Memoria de la Melancolía*. Ha sido el primero y único ibicenco que nos hablara del libro. Mariano Villangómez tradujo el poema de Rafael Alberti en que evoca el mismo tema. «Los desterrados no creen nunca que su puesto en el país nuevo es definitivo. Hay una interinidad presidiendo todos los actos de su vida». Dejo a los animadores de la revista EIVISSA la consideración de estas palabras de un libro que forma ya parte de su historia.

JOSÉ MANUEL CARDONA

Fotos del libro *Ibiza y Formentera*.—Guía Gráfica, de José Costa Ferrer, publicado hacia 1935.